

La caída y la restauración del creyente

Autor: J. Koechlin

Este folleto expone el tema de la disciplina desarrollado por tres autores diferentes para advertirnos sobre el agravio que nuestras faltas como creyentes causan a Dios y al prójimo. Luego nos presenta el camino de retorno, por medio de la confesión y la reparación, para poder gozar nuevamente de la comunión con el Señor. Que estas páginas sirvan de ayuda al lector para comprender los diferentes aspectos y la importancia de este tema.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo del editor	3
Cuando un creyente peca.....	4
Mi pecado ofende a Dios	4
El pecado me quita el gozo de la comunión con el Padre	5
Mi pecado me aleja de los hijos de Dios	5
Mi pecado me coloca bajo la disciplina de la asamblea	6
¿Con qué fin la asamblea debe ejercer la disciplina?	7
Mi pecado mancha el testimonio del Señor Jesús.....	7
El camino de regreso.....	8
Características de una auténtica confesión	8
Reparación de los daños	9
Ejemplos de las Escrituras: La lepra	10
Ejemplos de las Escrituras: La iglesia de Corinto	11
La caída de David y sus consecuencias	14
La caída.....	15
La vida de los creyentes muestra, en su conjunto, caracteres muy diferentes	15
El perdón, la disciplina y la restauración	19
La plena restauración	24
Amnón	26
Consejos en cuanto a la disciplina - Ejemplos de la ley.....	28
El pecado cometido debe ser juzgado	28
Los que deben dar el ejemplo tienen más responsabilidad	28
Faltas que debían expiarse mediante un sacrificio.....	29
Jesús lo ha hecho todo para darnos una plena seguridad	29
Una vez para siempre	30
El pecado y los pecados	31
¿Es usted bienaventurado?	31
La caída de David.....	32
Codicioso, adúltero y asesino.....	32
La conciencia de David se despierta.....	33
Cómo volver a encontrar la comunión con Dios.....	34

Prólogo del editor

La disciplina en la Iglesia es una necesidad a causa del Santo y Verdadero (Apocalipsis 3:7), quien está en medio de su pueblo. Él, como lo leemos en Habacuc 1:13, es muy limpio de ojos para ver el mal y no puede soportar el agravio. Allí donde el Santo tiene su habitación no es posible permitir que continúe una situación en la que el pecado no sea juzgado.

La segunda razón por la que la disciplina es necesaria es para que la autoridad de Cristo se mantenga. En Hebreos 3:6 se habla de Cristo “como hijo sobre su casa”, la cual está constituida por todos nosotros. En consecuencia, su autoridad tiene que ser mantenida y la iniquidad del hombre echada fuera.

Por último, la tercera razón de la necesidad de la disciplina en la asamblea consiste en que el pecado es como la levadura: se esparce y leuda toda la masa. De igual manera el pecado se extenderá en una asamblea si no es juzgado y quitado.

Este folleto expone el tema de la disciplina desarrollado por tres autores diferentes para advertirnos sobre el agravio que nuestras faltas como creyentes causan a Dios y al prójimo. Luego nos presenta el camino de retorno, por medio de la confesión y la reparación, para poder gozar nuevamente de la comunión con el Señor.

Que estas páginas sirvan de ayuda al lector para comprender los diferentes aspectos y la importancia de este tema.

Cuando un creyente peca...

La mayoría de los creyentes, incluso los jóvenes, conocen bien el versículo:

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

Efectivamente, este versículo toca nuestros corazones porque nos pone ante la misericordia, respecto a nuestros pecados en el andar, con la que Dios puede colmarnos al purificarnos gracias a “la sangre de Jesucristo su Hijo” (v. 7).

No obstante, en nuestros días vemos que entre los cristianos cada vez se considera y se trata el pecado con mayor ligereza. Es bueno, pues, considerar lo que pasa cuando pecamos:

Mi pecado ofende a Dios

Este es un punto poco considerado. No olvidemos que el pecado ha entrado en el mundo porque el hombre ha creído en las mentiras del diablo y no en las declaraciones de su Dios y Creador. El diablo sugirió que Dios había mentido, no queriendo el bien del hombre. El hombre, creado a imagen de Dios, ha sido inducido a creer públicamente delante de Dios, del diablo, de los ángeles y de toda la creación que Dios no sería ni luz ni amor. En consecuencia, el hombre ha hecho la amarga experiencia del conocimiento del bien y del mal (Génesis 3:5) y ¡deliberadamente prefirió el mal! Así ofendió y despreció la gloria del Dios santísimo, el que tiene “ojos demasiado puros para mirar el mal” (Habacuc 1:13, V. M.). Esto lo hizo debido a un solo pecado; y este único pecado fue suficiente para que la primera pareja, Adán y Eva, fuesen expulsados del huerto de Edén, de delante la presencia del Dios Creador.

Hasta hoy, esta es la situación en la que se encuentran todos los seres humanos, descendientes de Adán.

Entonces, ¿qué puede hacer un hombre para la propiciación de sus pecados (es decir, para que sus pecados sean cubiertos)? Debemos llegar a la amarga constatación de que no hay nada en nosotros que pueda borrar nuestros pecados y que nuestras manos no pueden presentar nada a Dios que él pueda aceptar. “Nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). No es un ídolo pagano que espera cada tarde algo de comida en su altar para que su cólera no se inflame sobre nosotros. No obstante, a menudo lo tratamos así y de este modo lo ofendemos aun más. Pues actuando así, consideramos a la ligera la obra del Señor Jesús. ¿Nos damos realmente cuenta de

que hasta por un solo pecado que cometamos, aun siendo creyentes, el Señor Jesús tuvo que venir a la tierra y morir sobre el infame madero del Gólgota como un maldito, castigado por Dios y afligido? Él fue hecho pecado por mí, ¿por un solo pecado que cometí! Dándome cuenta de esto en el fondo de mi corazón, ¿puedo todavía pensar en pecar para después «arreglar el asunto» pronunciando algunas excusas que simplemente salen de mi boca pero sin sentir la seriedad de mi acción delante de Dios?

El pecado me quita el gozo de la comunión con el Padre

Aunque mi hijo me desobedezca, sigue siendo mi hijo; sin embargo, falta la alegría entre los dos. Esto es así entre padres e hijos sobre toda la faz de la tierra.

En varias tribus de África, un hijo que deshonró a su padre no puede pedir perdón simplemente diciendo algunas bellas frases. Tal hijo deberá, según las costumbres, hacer un sacrificio que satisfaga las exigencias del padre. (Notemos que tal práctica está completamente en contradicción con la fe cristiana para la que existe solo un sacrificio válido: el del Señor Jesús).

Estos dos ejemplos ofrecen solo un débil cuadro de lo que pasa entre mi Padre celestial y yo cuando cometo un solo pecado. El gozo de la comunión con mi Padre volverá solamente después de una confesión sincera de mi pecado. Tal confesión significa más que todo el estado de un corazón que llora por haber menospreciado los derechos de su Dios y su Salvador. No consiste en una mera serie de excusas simplemente pronunciadas por la boca.

Antes de escribir el versículo bien conocido “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9), el apóstol Juan había dicho: “nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (v. 3-4). No hacer caso de estas instrucciones acarreará graves consecuencias, porque si no confieso mi culpa, me voy a acostumbrar al pecado y a la ausencia del gozo que encontraba antes en la comunión con el Padre y su Hijo. Llegaré a ser cada vez menos sensible a lo que deshonra a mi Señor y a mi Padre. Mi testimonio se debilitará de día en día y terminaré como Demas, que se alejó también exteriormente de Dios y se fue al mundo (2 Timoteo 4:10).

Mi pecado me aleja de los hijos de Dios

Este es otro punto importante:

“ Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él esta en luz, tenemos comunión los unos con los otros (1 Juan 1:6-7).

Vemos que el andar en la luz está íntimamente ligado a la comunión entre los hijos de Dios. (Esta enseñanza destaca sobre todo en las epístolas del apóstol Juan). Esto es lógico, porque un hijo de Dios no podrá aprobar los pecados que uno de sus hermanos comete y deberá entonces reprenderle. Si no escucha al que le reprende, se encontrará tarde o temprano lejos de la bendita comunión de la familia de Dios.

Dicha manera de actuar no solo se limita a los hermanos y hermanas reunidos en el solo nombre de Cristo, sino también a los hijos de Dios que se encuentran en cualquier iglesia. Por ejemplo, no podemos aceptar el pecado de una hermana en Cristo por el hecho de que se reúne en otra parte. Y los pecados que haya cometido un hermano de entre los que conocen la verdad de la unidad del Cuerpo de Cristo, también son una ocasión de caída para los hijos de Dios en las denominaciones.

Si, pues, alguien quiere volver al Señor después de haber pecado, deberá también reparar las consecuencias que produjo su pecado en la vida de los hijos de Dios, incluso de los que se reúnen en otro lugar.

Mi pecado me coloca bajo la disciplina de la asamblea

En la Palabra de Dios encontramos varias formas de disciplina ejercidas por la asamblea o iglesia local reunida en el Nombre del Señor Jesús. Esto comienza con formas de actuar de carácter pastoral, como la de restaurar a un hermano que ha sido sorprendido en alguna falta (Gálatas 6:1). Luego es preciso amonestar a los hermanos que andan desordenadamente (1 Tesalonicenses 5:14), o reprender a alguien públicamente (1 Timoteo 5:20). Si todos los cuidados pastorales para hacer volver a aquel que peca no han tenido un resultado positivo, la consecuencia es que debe ser puesto fuera por ser considerado un (hombre) “malo” (1 Corintios 5:13, V. M.), es decir, alguien que demuestra por su conducta que se ha enteramente identificado con el pecado que comete.

¿Con qué fin la asamblea debe ejercer la disciplina?

Primeramente, a causa del deber que le incumbe de responder a la santidad del Señor y de su Mesa. No se puede venir a la presencia del Señor cargado con pecados para participar del partimiento del pan (Malaquías 1:7; 1 Corintios 10:20; 1 Corintios 11:27-32). Incluso en el Antiguo Testamento, el animal que iba a ser sacrificado debía ser puro y sin defecto corporal, lo que nos habla de la pureza y de la perfección de lo que ofrezcamos a Dios.

“ Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza; es decir, fruto de labios que confiesan su nombre (Hebreos 13:15).

Y los versículos de 2 Timoteo 2:19 y 22 precisan que el “que invoca el nombre del Señor” debe hacerlo “con corazón puro”. No podemos presentarnos delante de nuestro amado Salvador con impurezas y pecados no confesados, pues Él es el Dios santísimo. Nuestro corazón entero debe estar más bien en regla con Dios, ¡y no solamente nuestra boca!

Una segunda razón para ejercer la disciplina es la de ganar, si es posible, la persona en cuestión. Por la acción disciplinaria esta persona puede empezar a comprender que realmente se encuentra en un camino que deshonra al Señor y mancha la asamblea, y que esto la lleva a la pérdida de su testimonio. Al comprender la seriedad de su situación, esta alma podrá volver al Señor, tal como aconteció en Corinto con aquel hombre perverso (lea 1 Corintios cap. 5 y 2 Corintios cap. 2 y 7).

Mi pecado mancha el testimonio del Señor Jesús

Por mi pecado yo hago comprender a todos los que me ven (Dios, los ángeles, el diablo y sus ángeles, los creyentes y el mundo) que no tomo en cuenta a Dios, que más bien hago caso al diablo y que no me he dejado separar enteramente del mundo por la cruz del Señor Jesús (Gálatas 6:14). Así seré semejante al antiguo pueblo de Dios, del cual el apóstol Pablo escribió en Romanos 2:24: “... Porque el Nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros”.

Recordemos que una sola mentira de una pareja de creyentes (Ananías y Safira en Hechos 5) fue suficiente para que murieran. No habían perdido su salvación, pero sí su testimonio, pues ellos se habían identificado y ligado a los planes del que es mentiroso desde el principio, es decir, el diablo.

Por el pecado destruimos nuestro testimonio del Señor y hasta el testimonio de la Palabra de Dios que es predicada a nuestro alrededor. Si el Espíritu Santo no hubiera obrado en juicio contra Ananías y su mujer, los incrédulos habrían podido pensar que Dios toleraba esta manera hipócrita de actuar de sus hijos (común entre los incrédulos), sin que tuvieran que sufrir las consecuencias.

Hoy damos esta misma impresión cuando pecamos a la ligera sin arrepentirnos.

El camino de regreso

Todo esto nos muestra claramente que no existe algo como «un leve pecado» en la vida de un creyente o uno que no tenga consecuencias. Aun un solo pecado tiene consecuencias graves, y mucho más cuando se trata de una vida de pecado, como por ejemplo el alcoholismo o la fornicación. ¿Somos conscientes del hecho de que, como dice J. N. Darby, un solo pecado para Dios es mil veces más grave de lo que son mil pecados a nuestros ojos? El Señor Jesús llevó todo el juicio de nuestros pecados. Pero, seamos conscientes de que él lo llevó según el severo juicio de Dios —quien es llamado “Santo, santo, santo” en Isaías 6:3—, ¡y no según nuestro ligero juicio superficial!

Después de haber pecado experimentamos a menudo un sentimiento de culpabilidad, ¿no es cierto? Sin embargo, la convicción producida por el Espíritu Santo, de cuánto sufrió el Cordero de Dios durante las tres horas del abandono de Dios por este solo pecado, ¡es otra cosa!

Es, pues, evidente que es necesario una auténtica confesión para que pueda darse una restauración.

Características de una auténtica confesión

Primeramente, el creyente debe estar profundamente convencido de haber ofendido tanto al Dios santísimo, quien por gracia ha llegado a ser su Padre, como a su Salvador, que se dio a sí mismo para librarle del presente siglo malo (Gálatas 1:4). Esta convicción producida en él por el Espíritu Santo, dará como resultado un espíritu quebrantado y un corazón humillado, como fue el caso de David después del adulterio con Betsabé (Salmo 51).

Acerca de ese tema, me permito añadir un pensamiento muy importante: después de la restauración en la plena comunión con los hermanos, un corazón realmente contrito y humillado nunca se muestra con una actividad excesiva durante las reuniones o en el servicio. Desgraciadamente, a menudo se observa semejante actitud. Es obvio que se trata de la actividad de la carne, que

quiere dar la impresión de que «el asunto» ya está bien arreglado. Por el contrario, un corazón realmente humillado se caracterizará por el silencio, los lamentos, y una visible humildad que no busca ni excusarse ni darse importancia. Tengámoslo bien claro, pues nuestro servicio para el Señor no puede cancelar ni la ofensa hecha al Dios altísimo, ni los daños causados a los demás por nuestra vida de pecado.

Es cierto, únicamente mediante una confesión sincera, honesta y completa delante del Dios santo, él podrá perdonarnos y purificarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

Y después se trata de reparar los daños causados a otras personas. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios al respecto?

Reparación de los daños

En Levítico 6:4-7 leemos: “... Habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre que hubiere jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte... Y para expiación de su culpa traerá a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños... Y el sacerdote hará la expiación por él delante de Jehová y obtendrá perdón de cualquiera de todas las cosas en que suele ofender”. En este pasaje vemos dos cosas importantes que debe hacer un hijo de Dios cuando reconoce haber actuado mal y haber pecado:

- Primeramente es necesario que repare los daños al ciento veinte por ciento, es decir, lo principal y encima, un quinto de más. Por ejemplo: si alguien ha robado 50 kilos de arroz deberá reembolsar 60 kilos. Esto nos enseña que la reparación se ha de hacer de una manera tan amplia y convincente que nadie pueda tener dudas de que el arrepentimiento es real y genuino. Tomemos otro ejemplo: si has desobedecido a tu padre, no basta con una excusa barata, un «perdóname» a menudo muy superficial. Más bien es por tus hechos, tu actitud contrita y tu humildad de espíritu que se muestra la obra del arrepentimiento que el Espíritu produjo en ti.
- Solamente después de que el israelita hubiese efectuado las reparaciones, debía presentarse ante Jehová con el sacrificio para obtener el perdón. Así es también en nuestros días: el pleno perdón, la verdadera restauración, tanto en la comunión con el Padre y su Hijo, como en la comunión con los hijos de Dios, solo son posibles si antes he confesado mis pecados ante el Señor y he arreglado completamente las consecuencias que estos causaron a mi prójimo.

En lo que se refiere a la restauración, es evidente que esto no puede hacerse precipitadamente. Tomemos el caso de un hermano que durante muchos meses solía emborracharse con los habitantes incrédulos del pueblo. Ciertamente no puede ser restaurado solo en el espacio de algunas semanas después de haber vuelto a asistir a las reuniones.

Porque es necesario que tanto la asamblea se convenza de su arrepentimiento (si se le admite en el partimiento del pan sin tener esta convicción, actuará con ligereza ante la Mesa del Señor), como también que la gente del mundo acepte la confesión que él hizo delante de ellos, al comprobar que él verdaderamente se separó de su manera de actuar. En el caso contrario, se hará burla del testimonio del Señor por una llamada «restauración» apresurada y únicamente exterior.

O, para hablar de otro caso muy grave, si alguien ha abusado de una chica (aunque la haya «tomado» con su consentimiento), la ha ofendido profundamente al tratarla de esta manera, porque ella es una criatura de Dios. Él no la ha creado para que se abuse de ella. El agresor deberá confesar su horrendo pecado ante ella en humillación y con llanto sincero. Si no lo hace llegará a ser un obstáculo para su conversión y, más tarde, para su crecimiento espiritual.

Luego, tendrá que reparar los daños ocasionados a sus padres y también a la gente del pueblo, quienes se enteraron de ese acto abominable. No solamente debe confesar su grave pecado de fornicación, sino también, siendo creyente, debe decirles que ha deshonrado a Dios y que fue necesario confesarle su pecado. Si no hace esto, la consecuencia será que, incluso después de su restauración, menospreciarán el testimonio de los cristianos y de la asamblea local a causa de este pecado. Porque ellos asociarán la Asamblea o Iglesia cristiana entera a este pecado y ya no se sentirán culpables en lo que concierne a sus propios hechos. De esta manera, ¡dicho pecado llegará a ser un justificante para los de ellos!

Solo se pueden evitar tan nefastas consecuencias al confesar este pecado sin la menor reserva, al reparar los daños causados hasta donde sea factible, y al abandonar el mal de una manera evidente. Además, se sobreentiende que el culpable no debe sustraerse a la responsabilidad de ayudar a criar al niño que venga al mundo como resultado de su pecado.

Ejemplos de las Escrituras: La lepra

Cuando en Israel se temía que alguien pudiera tener lepra (en sentido figurado esta terrible enfermedad es una imagen del pecado), en Levítico 13 y 14 se lee cómo esta persona era aislada durante 7 días. Después de este tiempo, el sacerdote tenía que mirar a la persona para comprobar

si realmente se trataba de un caso de lepra. Si el resultado de esta consulta no era concluyente, la persona era encerrada otra vez por un tiempo. Esto nos enseña que, si una asamblea se entera de rumores acerca de un pecado, o si una persona viene a confesar un pecado, los hermanos deben ocuparse de ello. Si después de que la persona haya sido examinada por hermanos maduros, experimentados y espirituales, la asamblea todavía no está convencida ante el Señor de que el pecado fue confesado y abandonado, dicha persona debe quedar aislada durante «siete días».

Es cierto, en su aplicación espiritual, ese principio del Antiguo Testamento no indica para nosotros literalmente 7 días, sino que se refiere a un período suficientemente largo para que el Espíritu Santo pueda mostrar a la asamblea el verdadero estado de dicho creyente. Cuanto más en serio tome la asamblea su deber ante Dios, tanto menos se apurará para «restaurar» a un alma en la que los frutos del arrepentimiento no hayan podido producirse todavía. Bien sabemos que en general los frutos de nuestros campos tampoco crecen en un solo día, ni siquiera en algunas semanas...

En Números 12, María (o Miriam), al haber ofendido a Jehová perjudicando a su siervo Moisés, inmediatamente fue alcanzada por la lepra y fue echada fuera del campamento. Solo después de una «plenitud de tiempo» de 7 días, pudo volver a la congregación. (Notemos de paso que esta historia nos muestra la gravedad del pecado de la maledicencia, es decir, del hablar mal de nuestros hermanos y hermanas. Desgraciadamente, a menudo se trata este mal con ligereza en vez de juzgarlo con la seriedad que merece).

Ejemplos de las Escrituras: La iglesia de Corinto

Después de haber recibido la primera carta del apóstol Pablo, la asamblea de Corinto había al fin puesto bajo disciplina y excluido al malvado fornicario que se hallaba entre ellos (1 Corintios 5). Luego leemos en la segunda carta a los corintios que el apóstol exhorta a la asamblea a perdonar a dicho hermano y a consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza (2 Corintios 2:5-11). De dicho pasaje y también del capítulo 7 de la misma carta se desprende claramente que el hombre que había sido disciplinado había vuelto en sí y había confesado sus pecados. Era cierto que él se había entristecido profundamente por su acto (así como también la asamblea de Corinto debido a sus faltas), hasta estar en peligro de hundirse en una tristeza excesiva. ¡He aquí el ejemplo de un corazón realmente contrito y humillado!

Este resultado ciertamente no se produjo en una sola semana. Fueron necesarios por lo menos varios meses hasta que el apóstol pudiese escribir a la asamblea que el tiempo había venido para que ahora le mostrasen amor a este hermano. Él no solo debía volver con llanto al Señor Jesús, sino también en medio de sus hermanos y retomar allí su lugar.

Este ejemplo del Nuevo Testamento destaca con evidencia que se precisan tiempo y paciencia para que una asamblea se convenza de que alguien ha confesado verdaderamente sus pecados ante Dios, que ha arreglado los problemas que había causado (a la asamblea y también a la gente del mundo), y que se han producido los frutos del arrepentimiento en él, los cuales regocijan el corazón del Señor y de todos los suyos. Solamente entonces, y no antes, la asamblea puede acercarse de nuevo a él para animarlo a volver a tomar su lugar a la Mesa del Señor.

Cualquier otra manera de proceder tendrá por resultado la mancilla y la pérdida del testimonio de la asamblea reunida en el nombre del Señor Jesús, y al mismo tiempo la pérdida del que había sido conocido como hermano.

Para terminar, transcribimos un pasaje muy convincente, sacado del libro francés *«Poursuivez la sainteté»* de M. Tapernoux (Seguid la santidad):

«El arrepentimiento es el juicio que se lleva sobre sí mismo, y sobre los hechos del pasado, a la luz de Dios. El culpable reconoce en su corazón que ha actuado mal, y lo declara abiertamente. Por lo tanto, el arrepentimiento y la confesión están ligados entre sí, y ambos son indispensables para la restauración del alma. Sin estos, la comunión con Dios no puede ser restablecida. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos. Por lo tanto, Dios exige la confesión y no oraciones de rutina, y todavía menos penitencias.

“Entonces dijo David a Natán: pequé contra Jehová” (2 Samuel 12:13). Después de haber hablado así al profeta, David se dirigió directamente a Dios: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos” (Salmo 51:4).

El arrepentimiento está caracterizado por el sentimiento profundo, sincero y doloroso de que por nuestro pecado hemos ofendido a Dios mismo y menoscabado Su santidad y Su gloria. No debemos contentarnos con un sentimiento superficial de culpabilidad.

«No hay quizás nada que endurezca más el corazón que el hábito de confesar un pecado sin realmente sentirlo», dijo J.N. Darby. Semejante ligereza no nos caracterizará si nos acordamos de que Dios tenía que herir a Su amado Hijo y abandonarlo sobre la cruz a causa de nuestros pecados.

“Empero contigo está el perdón, para que puedas ser temido” (Salmo 130:4, V. M.)».

E. Luimes, Camerún, 2003

(Título del original en francés: «Quand un croyant pêche...»).

La caída de David y sus consecuencias

Del capítulo 11 al capítulo 20 del segundo libro de Samuel tenemos la historia de David como rey responsable. Estos capítulos cuentan:

- la terrible caída del rey
- la disciplina a la que es sometido
- las consecuencias de su falta
- su restauración.

El capítulo 20 termina, al igual que en el capítulo 8:15-18, con la presentación del orden de su reino, pero de un orden menos completo que el primero, pues David ya no es allí una figura del Mesías.

Es un hecho muy notable que el primer libro de las Crónicas no diga ni una palabra de la historia de Betsabé, de Amnón y Tamar, de Absalón, de la huída de David ni de la restauración del rey. Los tres primeros versículos de 1 Crónicas 20 contienen el primer versículo de 2 Samuel 11 y los versículos 29 al 31 del capítulo 12. Hay silencio absoluto en cuanto a todo lo demás. La explicación es sencilla. Esta omisión es una de las innumerables pruebas de un plan divino diferente para cada libro de la Biblia. El libro de las Crónicas no nos habla de David como rey responsable, quien, como tal, fue puesto a prueba, sino del rey establecido por gracia y por bendición según los consejos de Dios.

El capítulo 21 es un nuevo apéndice que nos muestra el juicio de la casa de Saúl.

Los capítulos 22 y 23 relacionan las palabras de David como figura de Cristo con las palabras de David como rey responsable.

Por fin, después de la enumeración de los valientes de David, el libro termina en el capítulo 24 de una manera admirable por el sacrificio de Moriah que, como se ha dicho, “detiene por gracia la ira de Dios y establece el fundamento del lugar de culto en donde Él puede encontrarse con Israel”.

La caída

Dios es deshonrado por la caída de un creyente

Al leer este capítulo, un sentimiento de profunda humillación llena el corazón de todo hijo de Dios. Hace más de treinta siglos que ocurrieron estos hechos, pero treinta siglos transcurridos no impiden que Dios haya sido deshonrado por uno de sus siervos. El pecado puede haberse borrado, pero el ultraje hecho a Dios subsiste.

La gravedad del pecado

El pecado es tanto más grave cuanto que tiene lugar en la vida de este hombre, David, que a pesar de más de una debilidad, había recibido el testimonio de que “mal no se ha hallado en ti en tus días” (1 Samuel 25:28). ¡Y he aquí que en medio de su carrera, este siervo de Dios se vuelve adúltero, hipócrita y asesino! ¡Ah! Si tenemos algún celo por la gloria del Señor, algún afecto por sus rescatados, lloremos al ver a un David que, renegando todo su pasado, pisotea la santidad de Jehová, ¡él, quien debía ser su representante ante el mundo! ¡Cuán humillante es pensar que David, el muy amado, haya podido comprometer el nombre de Jehová invocado sobre él, el que había sido favorecido con una proximidad tan especial a Dios y colmado de maravillosas gracias!

La vida de los creyentes muestra, en su conjunto, caracteres muy diferentes

Se ve a creyentes, o cristianos, que empiezan mal su carrera, pero al aprender a juzgarse bajo la disciplina, terminan bien su curso, y a veces de una manera gloriosa. Este fue el caso de Jacob, cuyos días fueron “pocos y malos” (Génesis 47:9), pero cuya vida termina con plena visión de la gloria (cap. 49).

Con más frecuencia se ve a creyentes que inician bien su carrera y la acaban mal. Esta es la historia de Lot quien, no teniendo la fe de Abraham, andaba sin embargo en sus pisadas. Su vida se desarrolla luego en el debilitamiento moral causado por su amor por los bienes terrenales, y termina de la manera más vergonzosa. Es la historia de Gedeón, hombre humilde y sin confianza en sí mismo, valiente para purificar su casa de los ídolos, después jefe de Israel y vencedor de Madán; que luego, muy al final, hace pecar a su casa y a todo el pueblo por un efod del cual había hecho un ídolo. Es, finalmente, la historia de Salomón. Lo tenía todo: sabiduría, justicia práctica, olvido de sí mismo, conocimiento de los pensamientos de Dios, deseo de glorificarle, poder. Dios se sirve de él para llevar a las generaciones futuras las sentencias de la sabiduría. Salomón termina mal. Ama a muchas mujeres extranjeras que desvían su corazón tras sus dioses. ¡El servidor del verdadero Dios se hace idólatra!

Entre estos dos caminos vemos el de un creyente que, desde el principio hasta el fin, anda fielmente, sin tropezar, en el espíritu de santidad personal y de separación del mundo. Este fue el caso de Abraham, que no desmintió su fe y su dependencia salvo raras excepciones, y que siempre juzgaba su conducta cuando esta había turbado su comunión con Dios. Pero fue, ante todo, el camino de Cristo, el sendero uniforme del perfecto servidor (Salmo 16), en el que no hubo ni una falta, sino confianza absoluta, obediencia completa, dependencia perfecta, justicia práctica sin defecto, santidad divina en un hombre, fe inquebrantable, amor ilimitado, esperanza sin flaqueamiento... Ante semejante camino no nos queda más que adorar. Pero podemos seguirlo, y Él nos da la capacidad y el poder para hacerlo. Entre Él y nosotros siempre habrá la diferencia entre lo perfecto y lo imperfecto, entre lo finito y lo infinito; pero, mientras nuestras miradas no se desvíen de Él, encontramos el secreto de una marcha que le glorifica hasta el fin de nuestra vida.

El caso de David

El caso de David no es habitual, pero no es único en las Escrituras. David empezó bien y terminó bien, pero en la mitad de su carrera hubo un derrumbamiento moral. También se podría citar la historia del apóstol Pedro, sobre la cual no nos extenderemos aquí.

¿Por qué permitió Dios esta caída de David? La respuesta está llena de enseñanzas y, en un sentido, es muy preciosa para nosotros. Así como Abraham es un modelo de fe, David, en el primer libro de Samuel, es un modelo de gracia. Por todas partes la gracia resplandece en él y domina sus caminos. Frente a sus enemigos, sus amigos, los que le rodean, siempre la manifiesta. Su corazón está lleno del amor de Dios, lleno de una inefable ternura, son sinceras las lágrimas que derrama sobre Saúl, su perseguidor; todo lo ha olvidado, no hay sitio en su corazón sino para la gracia. Y sin embargo, bastó que este hombre se apartara por un momento de la comunión con Dios para que se hundiera en las tinieblas, y todo rastro de lo que le llenaba anteriormente se desvaneciera.

Nos hacen falta tales ejemplos para aprender a conocernos y conocer la carne en nosotros:

“ En mí, esto es, en mi carne, no mora el bien
(Romanos 7:18).

Para ella no hay purificación ni mejoría posible; lo único que le conviene es ser clavada en la cruz. Después de la confesión del pecado delante de Dios, esta caída tan rápida es seguida por un trabajo largo y doloroso de restauración. Pedro, al darse cuenta de su negación, derrama lágrimas

amargas al salir del patio, pero no es entonces cuando vuelve a encontrar la comunión con el Señor. Lo mismo sucede en cuanto a David; no fue sino más tarde cuando pudo celebrar la gracia con un corazón perfectamente libre. No bastaba que hubiese manifestado más o menos fielmente la gracia en su carrera; ¡Dios quería mostrar Su gracia!, plena y entera, en circunstancias que habían hecho de David un asesino. Miserable objeto de juicio, él viene a ser aquel en el cual Dios exalta y glorifica su gracia triunfante.

El peligro de la ociosidad

Pero, ¿cómo un hombre de Dios ha podido caer de semejante altura? Jehová le había confiado una autoridad y una responsabilidad. Debía usarlas en la actividad incesante de la fe para servir a Jehová y a su pueblo. ¿Qué hace David? Descansa. Era el tiempo cuando los reyes de los reinos de la región salían a la guerra. La gente del mundo despliega a menudo más actividad para el éxito de sus propósitos que los cristianos para el servicio de Cristo. Estos, a veces, piensan poder descansar un momento, sentarse al borde del camino. Pero no hemos sido contratados como siervos para ser esclavos perezosos.

“David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel” (v. 1). Lo que había aprendido al final del capítulo 10, debería colocarle otra vez a la cabeza de su ejército en lugar de descansar. Tal es el comienzo, a menudo insignificante, de una caída.

Una vez, dos veces, Dios habla a su servidor para reprenderle. Este cae, y Dios le restaura; él vuelve a caer, y entonces Dios deja que siga su camino. David permanece en Jerusalén; un poco de inactividad le distrae de los intereses de la guerra. Un transeúnte se presenta: la codicia. Los ojos del rey son atraídos por un objeto que le parece deseable; su carne es conquistada; la autoridad de la cual dispone sirve para su deseo; el mal es consumado. ¡El ungido de Jehová es adúltero!

La satisfacción de la carne dura muy poco

¿Cuánto ha durado la satisfacción de su carne? Apenas se ha cometido la falta cuando esta ya lleva sus frutos... el embarazo. La circunstancia es grave, el rey está lleno de temor. Su fama está comprometida, el pecado va a descubrirse; es preciso esconderlo. Uno siempre obra así cuando ha perdido el sentimiento de la presencia de Dios. David lucha contra las circunstancias, forcejea con ellas, quiere dirigitas y, en su ceguera, no ve que es Dios quien las conduce.

No se puede esconder un pecado

David manda venir a Urías desde el campo, pregunta hipócritamente por Joab, por el pueblo, por la guerra (v. 7). ¿Acaso era eso lo que le preocupaba? Todos sus pensamientos, ¿no se centraban

en el solo propósito de esconder su pecado? Urías, enviado por el rey hacia su mujer, duerme, con todos los siervos, a la entrada del palacio. “¿Por qué, pues”, dice el rey, “no descendiste a tu casa?” Y la bella respuesta de Urías: “El arca e Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab, y los siervos de mi señor, en el campo; ¿y había yo de entrar en mi casa...?” (v. 11).

Esta devoción la había aprendido en la escuela de David. En el capítulo 7:2, David dijo a Natán: “Mira ahora, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas”? Este deseo piadoso y este testimonio de David habían sido recibidos, habían llevado frutos en su área. Urías habla como el David de antes. ¡Qué reproche involuntario dirige a su venerado amo! Este hombre tiene un corazón sencillo y noble. Dice: «Dios me llama a su servicio, a una actividad para Él, y mientras Él no descansa, no puedo descansar yo».

La fidelidad de Urías

David no hace el menor caso de estas serias palabras; su única preocupación es empujar a Urías hacia el acto mediante el cual el rey pueda cubrir su pecado. Emborracha a su siervo y, a pesar de ello, Urías se mantiene firme en su decisión. David se agita cual pájaro en su jaula, sin recurso contra la mano que le ha encerrado allí. Satanás le sugiere el único medio para escapar de la publicación de su culpa; se convierte en el asesino de Urías. Así David se hace responsable del mismo pecado que su pueblo cometerá más tarde, al dar la muerte “al justo”, que no les hace resistencia (Santiago 5:6). Toma a Joab, asesino él mismo, como cómplice, el que había dicho respecto a la sangre de Abner: “Caiga sobre la cabeza de Joab” (cap. 3:28-29), y se hace esclavo del hombre que tenía todo interés en esclavizarle.

Con la noticia de la muerte de Urías, muerto cerca del muro de Rabá con algunos de los “valientes”, David manda que se le diga a Joab: “No tengas pesar por esto, porque la espada consume, ora a uno, ora a otro” (v. 25). Cuando consigue su objetivo tranquiliza a su cómplice, luego lleva a su casa a Betsabé, quien pasa a ser su mujer y le da un hijo.

La historia, en vez de terminar, no hace más que comenzar. Al final de este capítulo, lleno de corrupción y de vergüenza, leemos una pequeña frase, la única cosa en la cual David no había pensado, la única de la cual tendría que haberse acordado: “Mas esto que David había hecho fue desagradable ante los ojos de Jehová” (v. 27).

Veamos mucho sobre nuestros caminos. Para caer basta un instante, pero para evitar una caída hemos de velar muchísimo sobre lo que la precede. Sí, que nuestra vigilancia sea diaria para no andar en un “camino de perversidad” y para ser guiados “en el camino eterno” (Salmo 139:24).

En este camino todo es paz para nuestras almas; es el camino de la vida que conduce al disfrute sin nubes de la presencia de Dios: “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11).

El perdón, la disciplina y la restauración

Había transcurrido cierto tiempo desde la falta cometida por David. La guerra contra Amón, comenzada en el capítulo precedente que, por sí solo, abarca acontecimientos de casi un año, continuaba todavía. El estado de sitio de Rabá no había acabado, y sabemos que en esa época el asedio de una ciudad podía durar años. Durante toda esta época la conciencia de David había quedado adormecida, aunque su pecado estaba sobre él y el fruto de su transgresión delante de sus ojos.

David no confiesa su falta y Dios tiene que intervenir

Entonces interviene Jehová, después de haber esperado durante mucho tiempo el arrepentimiento. El profeta Natán, portador de su palabra, llega de parte de Él para despertar el alma del rey. ¡Cuánto difiere este capítulo 12 del capítulo 7! En un tiempo de prosperidad y de gozo, estando enteramente al servicio de Jehová, David no tenía más que un pensamiento: edificar una casa para su Dios. La primera vez, el Señor le había mandado a Natán para anunciarle que el momento aún no había llegado, pero también para abrirle los tesoros de su gracia, ya que su propósito era regocijar el alma de David. Hoy la escena ha cambiado. El profeta le es enviado para colocarle en la luz de un Dios santo y justo, cuyos ojos son demasiado puros para ver el mal, es decir, que Él no puede soportar el mal y debe juzgarlo.

Natán habla por parábola (v. 1-4) y David, cegado, no se da cuenta de que el relato le concierne a él. Dice el profeta: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre; el uno poseía ovejas y ganado vacuno, el otro, solo una corderita pequeña a la cual le tenía mucho cariño. Un caminante entró en casa del hombre rico, el cual, para no tocar lo suyo propio, tomó la corderita del hombre pobre y la preparó para el hombre que había venido a su casa.

Ese caminante es una codicia pasajera

Fijemos los ojos en ese caminante, porque todos estamos expuestos a recibir su visita en nuestras casas. Seguramente, cuando se presente, más valdrá cerrarle la puerta para que no entre. Este caminante es la codicia, una codicia pasajera y no de las que uno alberga y alimenta habitualmente en sí. Este caminante había entrado en la casa del rey, sabiendo que allí encontraría con qué alimentarse. Nuestros corazones también contienen siempre los elementos requeridos

para sucumbir ante las tentaciones de Satanás. David, olvidando la dependencia de Dios, había creído poder reposar en vez de servir y de combatir. Bastaron estos elementos para que el caminante consiguiera que se le abriese la puerta, dejando a su paso desórdenes y ruinas.

“Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte. Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia” (v. 5-6). El corazón y la conciencia de David están en mal estado y, sin embargo, su juicio sigue siendo justo. Aunque él mismo está bajo el yugo del pecado, lo juzga severamente en los demás. A menudo tenemos un discernimiento claro y completo del mal que hay en el prójimo, sin que nuestros propios corazones sean juzgados (Mateo 21:41).

David es digno de muerte

“Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre” (v. 7). ¡Qué súbito derrumbamiento! David ha pronunciado su propia sentencia; ¡es digno de muerte! Este golpe alcanza necesariamente su corazón, pero baja hasta las capas profundas de su conciencia. Colocado repentinamente en la luz, un pecador que no conoce a su Dios puede convencerse, quedarse callado, sin que esta convicción penetre más adentro de él; pero para el hijo de Dios tal estado no puede ser momentáneo, más bien alcanza su conciencia.

Ahora Jehová recuerda a David todo lo que ha hecho por él: “Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más” (v. 7-8). Los tesoros de mi gracia eran para ti, ¡y tú has pecado en presencia de mi amor! “¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos?” (v. 8). ¿En qué, pues, la había tenido en poco? Dios le había colmado de bendiciones, ¡y él había preferido la satisfacción de sus codicias!

El mismo juicio se pronuncia contra Elí, porque había honrado a sus hijos más que a Dios. Él temía a Jehová, pero lo había despreciado al dejar a sus hijos hollar los sacrificios y las ofrendas que Él mandó “ofrecer en el tabernáculo” (1 Samuel 2:29). Por eso Jehová le dice: “Los que me desprecian serán tenidos en poco” (v. 30). Encontramos en los evangelios la misma verdad:

“ Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (Lucas 16:13).

Tener como objetos codiciables las cosas que este mundo puede ofrecer, es despreciar a Dios. El alma generalmente se da muy poco cuenta de ello, pero Dios lo considera así. “Por cuanto me menospreciaste”, repite 2 Samuel 12:10.

David había preferido el pecado a Dios

¡Qué horrible! ¿No nos dicen nada nuestras conciencias? Cada corazón natural tiene codicias que le atraen. Por “codicias” no debemos entender solamente las impurezas del mundo, sino “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16), la vanidad, los placeres, la ambición. Estas cosas encuentran fácil acceso al corazón del cristiano, y cuántos días y años pasan a menudo sin que les cerremos la puerta? Cada vez que la abrimos a este huésped, despreciamos al Señor mismo. De ahí el juicio de Dios sobre su siervo David.

Las gracias otorgadas a David eran terrenales; las nuestras son bendiciones espirituales “en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3). ¿Tienen estas cosas tal precio para nuestros corazones, que estos ya no puedan ofrecer ningún asilo al «caminante»? La disciplina y el juicio del Señor caen sobre nosotros en la medida que acojamos o rechazamos a la codicia.

No podemos evitar las consecuencias de nuestros actos

El profeta anuncia a David tres cosas: “No se apartará jamás de tu casa la espada” (v. 10). Dios no ha revocado esta palabra de sangre. Luego (v. 11-12): Sembraste para la carne, de ella segarás corrupción. Estas dos cosas que, desde el origen, han caracterizado al mundo sometido al pecado (Génesis 6:11), iban a convertirse en los huéspedes habituales de la casa del pobre rey culpable.

Antes de exponernos al gobierno de Dios en disciplina, recordemos que este gobierno es inflexible. No podemos evitar las consecuencias de nuestros actos, de nuestra conducta; toda la Palabra de Dios nos lo confirma. La primera epístola de Pedro nos muestra que, incluso en la dispensación actual de la gracia, los principios del gobierno de Dios son inmutables. Sin duda, el alma de un cristiano que cae debe ser restaurada, pero en este mundo no es librada de las consecuencias de su acto.

David pasa por la amarga experiencia de esto hasta el fin de su carrera, aunque su alma, plenamente restaurada, haya podido volver a cantar con el arpa como “el dulce cantor de Israel” (2 Samuel 23:1). La disciplina misma viene a ser un tema nuevo para celebrar las riquezas de la gracia.

Primer paso: reconocer su pecado

Natán solo dice una frase: “Tú eres aquel hombre”, para convencer a David. Este no dice sino una frase en presencia de Dios: “Pequé contra Jehová” (v. 13). Cuando el alma ha visto eso, ha dado un paso enorme. Cuando un cristiano ha caído y Dios ha expuesto su pecado, generalmente se encuentra en él la confesión de su falta: “He pecado”.

El pecado se comete primeramente contra Dios

David dice: “Pequé contra Jehová”, y no: He pecado contra Urías, o contra la mujer de Urías. Nuestros pecados contra los demás pueden sernos perdonados por aquellos a quienes hemos ofendido; podemos remediar, en cierta medida, nuestros pecados contra nosotros mismos, pero, ¿qué hemos de decir cuando hemos pecado contra Jehová?

El que dice: “He pecado” tiene vergüenza de su pecado porque los hombres lo ven; pero es algo distinto cuando uno queda convencido de que lo que ha hecho ha sido “desagradable ante los ojos de Jehová” (cap. 11:27).

Habiendo producido esta convicción completa de pecado, Dios no hace esperar mucho tiempo a su pobre siervo culpable. Nuevamente, solo le dice una frase: “También Jehová ha remitido tu pecado” (v. 13). No dice: «Jehová remitirá», sino “ha remitido tu pecado”. Ya de antemano se ha ocupado del pecado de su siervo; ha provisto para que sea quitado de él y que ya no sea un problema ante Dios. Esto es lo que encontramos en la cruz de Cristo.

El pecado de un creyente produce aversión hacia Cristo por parte de los incrédulos

Antes de volver a su casa, Natán dice luego a David: “No morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá” (v. 14). “Hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová”. Tal es la consecuencia de nuestras faltas. Satanás emplea cada uno de nuestros pecados para producir, en el corazón de los hombres incrédulos, una aversión abierta hacia Dios y hacia Cristo. He ahí, dice el mundo, adónde les conduce su religión; y Dios es blasfemado. Satanás excita las codicias en un creyente, no solamente para poder acusarle, sino para producir odio hacia Cristo en los testigos de su caída, a fin de que no se vuelvan a Él para obtener la salvación.

La disciplina alcanza a David

La violencia y la corrupción en su casa han sido anunciadas a David como frutos de su pecado. El tercer fruto es la muerte de su hijo. La muerte se abalanza, no sobre él, culpable, sino sobre su hijo querido. Es preciso que el juicio de Dios alcance, de un modo visible e inmediato, a los ojos de todos, la casa del rey. El niño cae enfermo; el padre está en aflicción, en ayunos, en súplicas. ¡Si fuese posible que Dios tenga compasión de él! No, la disciplina debe seguir su curso. ¡Qué suplicio para este corazón, cuya ternura es grande, ante la víctima inocente de su falta!

El principio de la restauración de David

El niño muere. David se levanta de la tierra, se lava, se unge con aceite y cambia su ropa (v. 19-20). Es como un hombre nuevo, que comienza una nueva carrera. Entra en la casa de Jehová y adora. ¿Acaso es para llevar luto? No, sino para reconocer la justicia, la santidad, el amor de Dios, la reivindicación de su carácter en la disciplina. David se levanta restaurado; puede entrar en su casa y pide que le sirvan algo de comer. Después de haberse doblegado ante Dios, está en camino de volver a la comunión con Él.

Sus siervos le dicen: “¿Qué es esto que has hecho? Por el niño, viviendo aún, ayunabas y orabas; y muerto él, te levantaste y comiste pan”. David contesta: “Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño? Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí” (v. 21-23). “Yo voy a él”. David está satisfecho ahora de llevar, hasta el final de su carrera, el sello de esta disciplina de la cual la muerte de su hijo es testigo. “Él no volverá a mí”. Por lo tanto David acepta como necesario el camino de la muerte, en el cual tendrá que andar desde ahora para volver a encontrar a su hijo.

Ahora el rey puede consolar a Betsabé. Nuevamente fluye hacia él la gracia. Nace otro hijo al que llama Salomón (el pacífico) y que Dios hace llamar por Natán con el nombre de “Jedidías” (amado de Jehová). La gracia introduce a Betsabé, cuya impureza le impedía participar en las bendiciones, en el linaje del Mesías (Mateo 1:6). Viene a ser la madre del rey de paz y de gloria. La gracia se complace en manifestarse a seres decaídos a los que asocia con Cristo, para manifestar en los siglos venideros las “abundantes riquezas de su gracia” (Efesios 1:7).

La plena restauración

Para darse cuenta de la manera en la cual el alma de David fue restaurada, es necesario considerar el Salmo 51. Otros salmos hacen alusión a las mismas circunstancias, pero no citaremos más que este salmo 51, cuyo título es: “Salmo de David, cuando después que se llegó a Betsabé, vino a él Natán el profeta”. Este salmo, profético como todos los salmos, sobrepasa en mucho las circunstancias de la vida de David. Así, “haz bien con tu benevolencia a Sion; edifica los muros de Jerusalén” (v. 18) alude a acontecimientos futuros. El “homicidio” (v. 14) no solamente es la muerte de Urías, sino la del Mesías. David mismo, como lo veremos en la continuación de esta historia, es la figura del remanente de Judá, colocado bajo la ira gubernamental de Dios. Este mismo salmo también puede ser empleado en la predicación del Evangelio para describir el estado de un pecador que vuelve a Dios como el hijo pródigo diciendo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lucas 15:18). Pero lo que buscamos aquí son los sentimientos individuales producidos en el alma del creyente, privado de la comunión por su caída, y que ha perdido el gozo de su salvación.

Dos pensamientos dominan en el corazón de David al principio de este Salmo 51: el primero es que la gracia es el único recurso para su transgresión (v. 1); el segundo es que ha pecado contra Dios (las únicas palabras que salieron, como lo hemos visto, de la boca de David en presencia del profeta), “para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (v. 4). He pecado, dice el rey, de modo que se manifestará la justicia de Dios contra el pecado. ¡Oh Dios! Tu inflexible justicia se muestra al no soportar el pecado. Para mí es la condenación absoluta, ¡pero Tú sabrás sacar tu gloria de ello! Son esos los sentimientos dignos de un santo, juzgado y humillado, a quien Dios conduce a su presencia.

Tres estados del corazón del creyente restaurado

Luego el salmo nos muestra tres estados del corazón en el creyente restaurado. Estos tres estados y sus consecuencias son descritas en las tres divisiones de este salmo.

1. (v. 1-6). El primer estado del corazón está descrito por estas palabras: “He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría”. Dios quiere producir en primer lugar “la verdad en lo íntimo”, al introducirnos delante de Él cuando hemos pecado. A menudo el alma juzga una acción y no va más lejos, pero esto todavía no es toda la verdad en el corazón. David juzga su acción: “Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí” (v. 3); pero juzga también su estado: “He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (v. 5). No le basta juzgar su pecado; también juzga el pecado que

está en él, lo que ha sido desde su nacimiento. No se contenta con decir: He ultrajado a Dios, sino que se remonta hasta la fuente de ese ultraje y comprende que la razón de todo este mal estaba en su corazón. La sabiduría consiste en discernir estas cosas.

2. (v. 7-13). La verdad en lo íntimo ha llevado sus frutos: un segundo estado del corazón es su consecuencia:

“ Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí (v. 10).

¿De qué manera podrá producirse este corazón puro? “Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve” (v. 7). Habla del hisopo con el cual se hacía aspersión de sangre sobre el leproso (Levítico 14:2-7), luego del lavamiento con agua. Bajo la ley, con cada pecado tenía que renovarse la aspersión de la sangre; para nosotros, el sacrificio ha sido ofrecido una vez para siempre; pero además, el alma del creyente necesita continuamente ser lavado por la Palabra, aplicado por nuestro Sumo Sacerdote a las impurezas contraídas durante el caminar del creyente: “Lávame, y seré más blanco que la nieve”. Pero para tener un corazón puro, se necesita algo más que nuestra purificación personal: “Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades” (Salmo 51:9). Es preciso que Dios mismo ya no se acuerde de ellos. Para un santo del Antiguo Testamento no era algo hecho, y nosotros no podríamos expresarnos de la misma manera que este versículo 9. Pero cuando nuestros corazones han sido purificados de toda iniquidad, nos presentamos delante de Dios con la conciencia de que Él ya no se acuerda de ella. La consecuencia de esto es que volvemos a hallar el gozo de la salvación, y el espíritu noble que nos sustenta (v. 12).

3. (v. 14-19). Aquí encontramos un tercer y último estado del corazón, estado que, desde su caída y su restauración, caracteriza en adelante a David hasta el final de su carrera. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; el corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.” (v. 17). Lo que quebranta el espíritu de David es encontrarse ante el “homicidio” (v. 14), pensar que ha derramado la sangre del Justo Urías, imagen profética de la sangre de Cristo vertida por Israel y que permanece sobre este pueblo y sus descendientes hasta el momento en el cual el remanente volverá a Él, con el corazón contrito y humillado. Más tarde tendremos que volver sobre este tema, pero no olvidemos que Dios nos disciplina para traernos, por los tres grados que vemos en este salmo, desde el corazón verdadero y el corazón puro hasta el corazón quebran-

tado, la única condición que nos conviene en presencia de la cruz, el único sacrificio que Dios acepta con el de las alabanzas (v. 15), el único estado del corazón que no nos expone a nuevas caídas.

Amnón

Otra consecuencia de la caída de David

El alma de David es restaurada, su conciencia purificada y su corazón humillado. A pesar de eso hace falta que los caminos del gobierno de Dios a su respecto sigan su curso. Lo que Natán predijo: “No se apartará jamás de tu casa la espada... yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa... yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol”, todo esto debe cumplirse infaliblemente: David experimentará la necesidad de ello con el corazón quebrantado.

Las cosas relatadas en este capítulo son odiosas. Era “vileza” en Israel (v. 12). La Palabra de Dios las relata porque es “la verdad” y nos pinta al hombre tal como es, en toda su fealdad, para impresionarnos con el horror de su corrupción. Estos hechos horribles de inmoralidad y de violencia son los de los hijos de David, Amnón y Absalón, el uno tan alejado de Dios como el otro. Un amigo, pariente y consejero, Jonadab, se encuentra allí para empujar a Amnón en el cenagal (v. 4-5). Este mismo hombre conocerá más tarde el complot de Absalón sin oponerse a él (v. 32).

¡Cuán cortas y vanas son las delicias del pecado!

¡Apenas uno ha mojado los labios en la copa, cuando ya se saborea su intolerable amargura! “Luego la aborreció Amnón con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado” (v. 15). Inmediatamente se horroriza de esta pobre víctima de su acto infame. Lo juzga todo, con excepción de sí mismo. Absalón, violento y engañador, se venga de la deshonra de su hermana por medio del fratricidio.

La pérdida de la fuerza espiritual

Sin embargo, una cosa me llama la atención en el David restaurado, como de aplicación más general.

Muestra una falta de cierto discernimiento espiritual, que no estaba en su carácter antes de su caída. Ya todo estaba en regla entre su alma y Dios cuando, en el capítulo 12:26-31, había ido a sitiarse a Rabá. El juicio de los hijos de Amón era justo y según los pensamientos de Dios, pero parece que David añade ideas personales, sea en la victoria, sea en la venganza. Su sentido espiritual ya no tiene la fuerza de antes. Toma la corona del rey y la pone sobre su cabeza, mientras que en tiempos pasados (cap. 8:11) había consagrado a Jehová todos los tesoros de las naciones. Ejerce

sobre el pueblo una venganza cruel, de la cual 1 Crónicas 20:3, que nos presenta al rey según los consejos de Dios, omite por lo menos una parte. Nunca antes David había hecho semejantes cosas. Pero hay más. En nuestro capítulo 13, todas las intenciones benévolas de David, sus deseos de acuerdo entre sus hijos, se vuelven contra él. Involuntariamente obra en sentido inverso de lo que debería. De modo que es él quien, en el versículo 7, manda a Tamar ir a la casa de Amnón. Más tarde, cuando Absalón madura el pensamiento del asesinato, David intenta primero resistir, pensando que si cede al ruego de su hijo podría resultar mal de ello; pero luego cede, mandando, para salvaguardar a Amnón, a sus demás hijos con él. Todo eso no demuestra quizás un juicio espiritual muy perspicaz.

El versículo 39 nos enseña además que el malvado Absalón era el hijo predilecto de David. “El rey David deseaba ver a Absalón; pues ya estaba consolado acerca de Amnón, que había muerto”. En el capítulo siguiente, David se deja persuadir fácilmente de hacer regresar a Absalón a Jerusalén, y esta decisión es la causa inmediata de todos los desastres que sobrevienen a continuación. Sin duda, Dios cumple con eso sus designios, pero todos estos hechos nos ofrecen una seria enseñanza. Cuando un creyente ha caído entregándose a su propia voluntad, su alma, aunque esté restaurada, ha perdido cierta energía espiritual. Si sucede que ha despreciado o considerado poco importante la comunión con el Señor y la ha perdido, le hace falta cierto tiempo para recuperar la inteligencia espiritual que acompaña esta comunión. Es como si la caída hubiese traído una detención en el crecimiento espiritual del creyente.

La disciplina del Señor y de la Iglesia

Toda alma que se expone a la disciplina del Señor y a la de la Iglesia, frecuentemente manifiesta esta pérdida de energía espiritual. Bien puede ser restaurada, puede haber recuperado la comunión de Dios y de los santos, pero una fuerza secreta ha huido de ella por la acción del pecado, y quizás no la recobrará jamás.

Pidamos a Dios que nos conceda que estimemos su comunión como algo muy precioso, tan precioso que seamos celosos para no perderla, como tampoco la fuerza y el discernimiento que la acompañan.

(Texto extraído del libro: «Meditaciones sobre 2 de Samuel», de H. Rossier, adaptación).

Consejos en cuanto a la disciplina - Ejemplos de la ley

Se recomienda estudiar detenidamente el texto bíblico antes de leer el comentario.

El pecado cometido debe ser juzgado

Muchas personas no se consideran culpables de sus faltas inconscientes; parten del principio de que Dios no puede reprocharles su ignorancia y que tomará en cuenta su «buena voluntad». ¡Frustrante ilusión! Si Dios previó un sacrificio por los pecados cometidos por error, ello es la prueba de que el pecador, aun ignorante, es culpable ante Él. Además nuestras leyes también aplican el mismo rigor; la ignorancia de la ley no excusa su cumplimiento. Una infracción del código, aun involuntaria, me expone a una multa. A los ojos del Dios santo, el pecado cometido permanece; no queda disculpado por mi indiferencia. Pero sé que para todo pecado, si bien hay condenación, también hay un sacrificio que lo perdona. Fue necesaria la inmensa obra de la cruz para borrar lo infinito de la ofensa perpetrada contra Dios por mis pecados, voluntarios o no, tanto los que recuerdo como los que he olvidado desde hace mucho tiempo.

Al colocar su mano sobre la cabeza de la víctima, aquel que la presentaba hacía pasar su pecado a ella. Reconocía que era culpable y merecía la muerte, pero que el animal ofrendado lo reemplazaba para cargar con ese pecado y morir en su lugar. Eso fue lo que Jesús, nuestro perfecto Sustituto, hizo por nosotros.

Los que deben dar el ejemplo tienen más responsabilidad

Por su pecado, un sumo sacerdote debía ofrendar un becerro (v. 3), un príncipe o jefe debía ofrecer un macho cabrío (v. 22-23) y una persona cualquiera del pueblo solo tenía que ofrecer una cabra o un cordero (v. 27-28, 32). Quienes deben dar el ejemplo tienen una responsabilidad más grande, expresada por la importancia del animal ofrendado.

Pecadores perdidos

Pero ante Dios todos los hombres han pecado y están destituidos de Su gloria (Romanos 3:22-23). El que se encuentren arriba o abajo en la escala social, que sean honrados o despreciados por sus semejantes, grandes pecadores o considerados como gente honrada, la verdad es que todos forman parte de una sola clase: la de los pecadores perdidos.

Pecadores perdonados

Sin embargo, en su insondable misericordia, Dios ha creado una nueva categoría: la de los pecadores perdonados. Encerró a todos los hombres en la desobediencia, a fin de hacer misericordia

a todos (Romanos 11:32). Subrayemos la expresión de los versículos 23, 28 (V. M.): “Si se le hiciera conocer el pecado que ha cometido”. Es una alusión al servicio delicado de “lavar los pies”, que consiste en ayudar a otro creyente a descubrir y a juzgar sus faltas (Juan 13:14). “Y será perdonado”, concluye cada uno de estos párrafos. ¡Respuesta que Dios puede dar al pecador arrepentido, en virtud de la obra de su amado Hijo!

Faltas que debían expiarse mediante un sacrificio

Los versículos 1 a 4 ofrecen ejemplos de las faltas que debían expiarse mediante un sacrificio. Se trata de actos cuya gravedad quizá no hubiéramos discernido si la Palabra, divina medida de la conciencia, no los hubiera condenado: por ejemplo, dejar de dar un testimonio, tener un contacto pasajero con lo impuro, proferir palabras ligeras. Hasta se puede ser culpable guardando silencio (v. 1) o, al contrario, hablando demasiado (v. 4). En todos estos casos se imponía la confesión (v. 5), luego, era necesario recurrir al sacrificio (v. 6).

El pecado de un creyente

Este sigue siendo el camino que 1 Juan 1:9 ordena al creyente que ha fallado, con la diferencia de que el sacrificio no debe ofrendarse una segunda vez. La sangre de Jesucristo ya está ante Dios en nuestro favor, de modo que basta la confesión; Dios es entonces “fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

Los versículos 6 al 13 muestran que existían diferencias de recursos entre los que traían su ofrenda. Uno ofrecía un cordero, otro dos tórtolas, otro tan solo un puñado de harina. No todos los hombres tienen igual capacidad para apreciar en un mismo grado la obra de Jesús. Lo que cuenta es el valor perfecto que ella tiene para Dios.

Jesús lo ha hecho todo para darnos una plena seguridad

Un israelita escrupuloso siempre podía temer que algún pecado cometido por error se le hubiera olvidado. Y apenas acababa de traer un costoso sacrificio cuando una nueva infidelidad podía exigir otro. Hoy en día, a pesar de las certidumbres de la Palabra de Dios, muchos cristianos todavía viven con el mismo temor. Creen que su salvación depende de sus propios y sinceros esfuerzos para apaciguar a Dios, mediante limosnas y penitencias, pero nunca están seguros de que esto sea suficiente. ¡Hasta qué punto eso es desconocer la plenitud de la gracia divina! Pero qué felicidad cuando tenemos la seguridad de que Jesús lo ha hecho todo por nosotros.

Pecados contra Dios y contra el prójimo

Este pasaje distingue los pecados contra Dios (v. 15, 17) de los pecados cometidos contra el prójimo (cap. 6:2-3). A menudo nos preocupamos menos de aquellos que de estos. Tendría que ser lo contrario. Además, en lo concerniente al mal hecho a un prójimo, no solo era cuestión de compensarlo; también se debía traer un sacrificio a Jehová (v. 6; véase Salmo 51:4). Y a la inversa, no bastaba ponerse bien con Dios. El día que el culpable arrepentido ofrecía su sacrificio por el delito, también debía poner en orden su situación para con los hombres (v. 4-6). Los cristianos de Éfeso, en otro tiempo adictos a la magia y al espiritismo, después de su conversión se apresuraron a quemar sus libros de magia (Hechos 19:19).

Una vez para siempre

Se ha notado la concordancia que hay entre los cuatro grandes sacrificios y el aspecto bajo el cual cada uno de los cuatro evangelios presenta la obra de Cristo:

- En Juan, Jesús es el santo holocausto, Aquel que el Padre ama porque puso su vida de sí mismo (cap. 10:17-18).
- Lucas nos hace admirar la vida del Hombre perfecto del cual habla la ofrenda vegetal.
- Marcos nos muestra al Siervo de Dios representado por el sacrificio de consagración o de paz.
- Mateo, más que los otros, lo presenta como Aquel que “salvará a su pueblo de sus pecados” (cap. 1:21).

Los capítulos 6 y 7 toman estas cuatro clases de sacrificios para dar la ley de ellos, es decir, la manera cómo el sacerdote había de ofrecerlos. El holocausto debía ser continuo (v. 13), la ofrenda vegetal era “estatuto perpetuo” (v. 18). Ayer mencionamos los temores del israelita que nunca estaba seguro de ser hecho perfecto mediante los mismos sacrificios ofrendados continuamente. Pero el capítulo 10 de Hebreos nos muestra al sacerdote, quien asimismo nunca terminaba, pues estaba “día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios...”. Luego presenta a Jesús quien,

“ **habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio, se ha sentado a la diestra de Dios (Hebreos 10:1, 11-12).** ”

El pecado y los pecados

La epístola a los Romanos nos enseña que Dios tuvo que ocuparse de dos cuestiones: la de los pecados (cap. 1 a 5:11) y la del pecado (cap. 5:12 al cap. 8). Tuvo que condenar al árbol tanto como a los frutos, esto es, al pecado en nuestra naturaleza como a los actos producidos por ella. Al exigir una ofrenda por la culpa (el acto cometido) y otra por el pecado (la fuente de este acto), Dios nos enseña que la obra de Cristo responde a estas dos necesidades del pecador.

Cómo mantener la comunión con Dios

La ley del sacrificio de paz ilustra las condiciones necesarias para que se realice la comunión cristiana. Se trataba de una ofrenda en acción de gracias (v. 12; 1 Corintios 10:16), de carácter voluntario y gozoso (v. 16; 2 Corintios 8:4), exenta de todo contacto con lo inmundo (v. 21).

Cómo volver a gozar de la comunión

Se ofrecían los sacrificios por el pecado porque uno no estaba puro. Muy distinto era el caso de las ofrendas de paz; solo participaban en ellas los israelitas que estaban limpios (v. 19). Quienquiera que tocara la carne del sacrificio por el pecado se volvía santo (cap. 6:27), mientras que inversamente toda impureza manchaba la ofrenda de paz. Tenemos cuidado con la limpieza de nuestros alimentos. Veamos aún más para que ninguna impureza de nuestra mente llegue a interrumpir la comunión simbolizada por esta ofrenda.

¿Es usted bienaventurado?

Cuanto más ha gemido otrora el alma bajo el peso de sus pecados, tanto más gusta de la felicidad de la que nos hablan los versículos 1 y 2. ¿Es usted uno de esos bienaventurados? Si no lo es, el versículo 5 le indica el camino para llegar a serlo: el del arrepentimiento y la confesión (compárese Lucas 15:18). “No encubrí...”, dicho de otro modo, confesarlo todo es siempre el medio adecuado para que Dios cubra mi pecado (v. 1). En cambio, si busco encubrirlo, tarde o temprano Dios tendrá que sacarlo a la luz (Mateo 10:26).

El arrepentimiento y el perdón

El trabajo de Dios empieza sacudiendo la conciencia. Su mano se hace gravosa hasta que el pecador sea llevado al arrepentimiento; entonces este es seguido al instante por el perdón. Este último nos es presentado en estos versículos bajo tres aspectos: transgresión perdonada, pecado cubierto e iniquidad no culpada.

Sepamos aceptar las enseñanzas de la Palabra

Enseguida viene el andar. No nos parezcamos a bestias de carga sin inteligencia, las que por ese motivo deben ser contenidas y dirigidas por la fuerza. La rienda y el freno son las imágenes de los penosos medios que Dios debe emplear cuando no queremos acercarnos a él (v. 9; Proverbios 26:3). Cuánto mejor es dejarnos instruir, enseñar y aconsejar directamente por la Palabra y en la comunión con el Señor.

La caída de David

Nos gustaría permanecer con las victorias del capítulo 10 y hacer caso omiso de lo que se presenta ahora. Porque, de parte del enemigo de las almas, David soporta la más cruel derrota de su existencia. No obstante, este triste relato se halla en el libro de Dios como solemne advertencia para cada uno de nosotros. El más piadoso creyente posee un corazón corrompido, abierto a todas las codicias, y debe vigilar las entradas que dan acceso a ese malvado corazón, en particular sus ojos.

El peligro del ocio

Esta trágica historia nos muestra a un rey que se hace esclavo: esclavo de sus codicias, atrapado en el terrible engranaje del pecado. En lugar de estar en la batalla con sus soldados, David descansa en Jerusalén; se pasea, ocioso, sobre el terrado de su palacio. Acordémonos que el ocio y la pereza multiplican, para el hijo de Dios, ocasiones de caída. En la inactividad, la vigilancia se relaja infaliblemente; y el diablo, que nunca descansa, sabe cómo sacar partido de ello. Sepamos, pues, estar ocupados. David toma la mujer de Urías y, para ocultar su pecado, comete otro: con la complicidad de Joab, maquina la muerte de su noble y abnegado soldado.

Codicioso, adúltero y asesino

“No codiciarás la mujer de tu prójimo”, dice la ley. “No cometerás adulterio”. “No matarás” (Éxodo 20:17, 14 y 13). David, que declara en el Salmo 19:7: “La ley de Jehová es perfecta”, transgredió sucesivamente por lo menos tres mandamientos. Sin embargo, su conciencia sigue sin reprenderlo. Es necesario que Jehová le envíe a Natán. Y la conmovedora parábola de la oveja hurtada, muy apta para alcanzar el corazón del que fue pastor, va a ayudarlo a medir el horror de su falta. Pero David no se reconoce en seguida. Es despiadado para con el hombre rico. ¡Así somos! No se nos escapa la paja en el ojo de nuestro hermano, pero no notamos la viga que hay en el nuestro. Entonces, con solemnidad, el dedo de Dios lo señala: “Tú eres aquel hombre” (v. 7).

Después, todo el triste asunto, ocultado tan cuidadosamente, es descubierto sin miramientos: «¡Tú hiciste esto y aquello!».

Finalmente, para confundir el corazón de David, Dios le recuerda todo lo que Su gracia había hecho por él. ¿Era poca cosa? En el capítulo 7:19 David había dicho lo contrario. Entre más recibimos, menos excusables son nuestras codicias. ¡Y recibimos mucho!

La conciencia de David se despierta

Después de haber permanecido tanto tiempo dormida, la conciencia de David se sobrecoge por una profunda convicción de pecado. Y se da cuenta de que su crimen no solamente concierne a Urías y a su mujer, sino que es, en primer lugar, contra Jehová.

El pecado es primeramente contra Dios

Comprendamos que nuestras faltas para con nuestros hermanos, padres o cualquier otra persona, primero son un pecado contra Dios. No basta, pues, reparar el mal ante aquel a quien hemos perjudicado (cuando es posible; David ya no podía); aún es necesario confesarlo a Dios.

El valor de la preciosa sangre de Cristo

Es lo que David hace en el Salmo 51, escrito en ese momento de amarga angustia (véase también Salmo 32:5, 1-2). En verdad, Dios no desprecia “al corazón contrito y humillado” (Salmo 51:17). Perdona a su pobre siervo; le perdona por completo. David es “como la nieve”, porque por anticipado fue lavado por la misma preciosa sangre de Cristo derramada por él, por usted y por mí (Isaías 1:18).

Las consecuencias dolorosas

Pero, lo que no puede ser borrado son las consecuencias del mal cometido. Estas son muy dolorosas. En primer lugar, su hijo debe morir. Así, cada uno sabrá que, sin dejar de perdonar al pecador, Dios condena absolutamente el pecado y, especialmente, cuando lo comete uno de sus siervos.

Corrupción y violencia: estos son los títulos que podrían llevar los capítulos 11 a 13 de 2 Samuel. Desde el principio del Génesis, estos son los caracteres del mundo. Y no ha cambiado. Pero, ¡cuán terrible es cuando tales caracteres se manifiestan en la familia del hijo de Dios! David había dado curso a estas dos formas de mal al tomar a Betsabé y ordenar la muerte de Urías. Ahora se introducen en su casa. Hasta el final de su historia, David va a experimentar amargamente que

“ lo que el hombre sembrare, eso también segará
(Gálatas 6:7).

Cómo volver a encontrar la comunión con Dios

El salmo 51 fue escrito por David en una muy dolorosa circunstancia. Nos revela los sentimientos producidos en el alma por una verdadera convicción de pecado, así como la senda trazada por el Espíritu Santo para volver a encontrar la comunión con Dios. Consideremos las penosas etapas de ese camino:

- a confesión de la falta cometida (v. 3);
- el pensamiento de que el ofendido ha sido Dios y no tal o cual persona (v. 4);
- el recuerdo de nuestra pecaminosa naturaleza (v. 5);
- el sentimiento de las exigencias de Dios en cuanto a “la verdad en lo íntimo” (no olvidemos jamás este versículo 6);
- el deseo de tener una conciencia limpia y recta (v. 10);
- la necesidad de un retorno a la santidad práctica (v. 11), al gozo y a un abnegado servicio (v. 8, 12).

Una vez restaurado, el creyente estará en condiciones de dar a conocer a otros la gracia que le ha perdonado (v. 13; comparar Lucas 22:32).

Un corazón verdaderamente humillado

Todo este trabajo del alma no requiere la ofrenda de ningún sacrificio (v. 16), ni obra alguna de «penitencia». Un “espíritu quebrantado”, un corazón verdaderamente humillado, esto es lo que Dios puede recibir por medio de la eficacia de la obra de Cristo (v. 16-17).

Amigos, si nos hemos dejado sorprender por alguna falta, volvamos a leer ese salmo en la presencia de Dios, no como la confesión de David sino como nuestra propia oración.

(Texto extraído de la obra: «Cada día las Escrituras», tomo I, II y III, de J. Koechlin).